
Vicente Pérez Moreda (*)

*Alimentación, desnutrición y
crecimiento económico.
Reflexiones sobre la obra:
El hambre en la historia (**)*

La publicación en castellano de la obra colectiva *El hambre en la historia*, que reúne textos que originalmente aparecieron en el *Journal of Interdisciplinary History* en 1983, precedidos de una breve presentación por los editores de la citada revista y del libro (Robert I. Rotberg y Theodore K. Rabb), supone una aportación de indudable interés al repertorio de títulos que abordan las complejas relaciones interdisciplinarias entre las ciencias sociales, y entre algunas de ellas y las ciencias biomédicas. Se inscribe, por lo demás, en el contexto de un creciente interés por el análisis del papel desempeñado por el hambre o los problemas de la nutrición en el crecimiento demográfico y económico de las sociedades del pasado, del que son ejemplos, entre otros, los trabajos pioneros de Andrew B. Appleby o John D. Post (1), u otras obras colectivas de más reciente aparición, como las editadas por J. Walter y R. Schofield (2), o por Lucile

(*) Universidad Complutense.

(**) Robert I. Rotberg y Theodore K. Rabb (comps.). *El hambre en la historia. El impacto de los cambios en la producción de alimentos y los modelos de consumo sobre la sociedad*. Editorial Siglo XXI (Madrid, 1990).

(1) Andrew B. Appleby, *Famine in Tudor and Stuart England*, Stanford University Press (Stanford, 1978); John D. Post, *Food shortage, climatic variability, and epidemic disease in preindustrial Europe. The mortality peak in the early 1740s*, Cornell University Press (Ithaca, 1985).

(2) John Walter and Roger Schofield (eds.), *Famine, disease and the social order in early modern society*, Cambridge University Press (Cambridge, 1989).

F. Newman, esta última de título similar a la que ahora nos ocupa (3).

Los trabajos que integran esta obra fueron presentados en una reunión celebrada en Bellagio, Italia, en 1982, que congregó a famosos especialistas en el estudio de la alimentación desde distintas perspectivas: historiadores, demógrafos, economistas, médicos y expertos en biología de la nutrición. El objetivo principal de dicho encuentro era el de recopilar información científica acerca de las relaciones entre nutrición, infección y crecimiento demográfico, a la luz de las modernas investigaciones y de la experiencia actual de los países en vías de desarrollo, que pudiera servir de guía en la interpretación de situaciones similares en la experiencia histórica, donde las hambrunas o la escasez de alimentos parecen haber desempeñado un destacado protagonismo.

Como era de esperar, la discusión de la validez del modelo malthusiano a la hora de interpretar la supuesta presencia del «control correctivo» de la mortalidad, como efecto de la tensión conflictiva entre el crecimiento de la población y de los recursos alimenticios, acaparó la atención de buena parte de los autores. Aunque los textos de cada uno se ofrecen al lector sin responder a ningún orden o criterio aparente, podríamos incluir al menos a cinco de ellos entre los que presentan argumentos de todo tipo para confirmar o rechazar la validez del esquema de Malthus, abordando el análisis de la relación entre el crecimiento agrario —o la escasez de alimentos—, los mecanismos del crecimiento demográfico y el crecimiento económico general. Se trata de los trabajos de S. Cotts Watkins y E. van de Walle, Thomas McKeown, Ester Boserup, Julian L. Simon y Roger Schofield, a los que habría que añadir los comentarios, más breves, a algunos de estos trabajos presentados por M. Livi Bacci, Roderick C. Floud y Joan Thirsk.

(3) Lucile F. Newman (ed.), *Hunger in history. Food shortage, poverty and deprivation*, Blackwell (Oxford, 1990).

El ensayo de S. C. Watkins y E. van de Walle («Nutrición, mortalidad y tamaño de la población: el tribunal de última instancia de Malthus») ha sido elegido para encabezar las contribuciones a esta obra de manera acertada, pues sitúa directamente al lector en el centro del debate malthusiano, aportando los argumentos procedentes de los diversos enfoques disciplinarios que más adelante desarrollan otros autores. Constituye así una buena introducción a los problemas que se discuten en una parte sustancial de la obra. Los trabajos de Thomas McKeown y Ester Boserup tienen, en primer lugar, el mérito de ofrecer excelentes versiones abreviadas de las tesis de dos figuras destacadas de las ciencias sociales de los últimos tiempos, que han desencadenado, por otra parte, sendas polémicas de gran alcance y de fructíferas repercusiones entre los especialistas en la teoría y la historia de la población.

El artículo de Thomas McKeown («Alimentación, infección y población») resume su teoría sobre la escasez crónica como principal factor limitador del crecimiento demográfico, y sobre la importancia de los avances en la nutrición como condición necesaria para el declive de la mortalidad causada por enfermedades infecciosas. Para quien no conozca aún sus obras, sobre todo la más famosa de todas —en la que hace depender el descenso de la mortalidad, y el crecimiento de la población inglesa de finales del siglo XVIII en adelante, de las mejoras en la dieta tras los avances experimentados en la producción y distribución de alimentos (4)—, La lectura de estas páginas será, sin duda, de gran utilidad. Otro tanto cabe decir de la aportación que hace a esta obra colectiva Ester Boserup («El impacto de la escasez y la abundancia en el desarrollo»), autora que destaca, por el contrario, en la literatura económica actual, por su defensa sistemática de posturas antimalthusianas. Su texto ofrece también al lector una rápida sinopsis de sus ideas acerca de la innovación en los sis-

(4) Thomas McKeown, *The Modern Rise of Population*, (London, 1976). Hay traducción española: *El crecimiento moderno de la población*, Antoni Bosch (Barcelona, 1978).

temas agrarios, y del cambio tecnológico en general, bajo condiciones de creciente presión demográfica (5).

En la misma línea de Boserup se sitúa la intervención de Julian L. Simon («Los efectos de la población sobre la nutrición y el bienestar económico»), otro combativo representante de las ideas antimalthusianas, algunas de cuyas conclusiones, originales y provocativas, resultan a veces, por ello mismo, excesivamente arriesgadas. En el texto que aquí se incluye intenta probar los efectos estimulantes de la densidad demográfica sobre los procesos de invención y de creación de infraestructuras, recurriendo para ello a una correlación entre las tendencias de la población y la cronología de los descubrimientos científicos en la Antigüedad clásica, y a unas regresiones múltiples en las que el crecimiento demográfico figura entre las variables explicativas, y las publicaciones de obras agronómicas en la Inglaterra de los siglos XVI al XIX, o la densidad de redes de carreteras en diversas muestras de países, en fechas recientes, son en cada caso las variables dependientes. Aunque muchos de los argumentos de Simon merecen una reflexión seria, la calidad de algunos de los datos que utiliza, así como aspectos importantes del tratamiento a que son sometidos en esos sencillos ejercicios econométricos, presentan diversos puntos débiles, como hace ver Roderick Floud en su riguroso comentario crítico.

El texto de Roger Schofield («El impacto de la escasez y la abundancia sobre los cambios de la población en Inglaterra, 1541-1871») también sintetiza muchas de las ideas vertidas en esa monumental investigación del grupo de historiadores demógrafos de Cambridge sobre la historia de la población inglesa (6). Schofield repite aquí las conclusiones de una importante sección en esa obra, de la que es autor R.

(5) Las principales obras en las que expone estas ideas Ester Boserup, *The Conditions of Agricultural Growth* (Chicago, 1965), y *Population and Technological Change. A Study in Long-Term Trends* (Chicago, 1981), también están traducidas al castellano: *Las condiciones del desarrollo en la agricultura*, Tecnos (Madrid, 1967), y *Población y cambio tecnológico*, Crítica (Barcelona, 1984).

(6) E. A. Wrigley y R. S. Schofield, *The Population History of England, 1541-1871. A Reconstruction* (London, 1981).

D. Lee, y en la que se mide la reacción a corto plazo de las variables demográficas básicas —la fecundidad, la nupcialidad y la mortalidad— ante las variaciones anuales de los precios del trigo entre 1548 y 1834 (7). De este análisis, basado en un modelo de regresión con retardos distribuidos en cinco años, así como de otro ejercicio más sencillo en el que Schofield presenta las desviaciones de cada una de esas variables en los veinte años de salarios reales más bajos y en los veinte de salarios reales más elevados de todo el período, se desprende una conclusión idéntica: la mortalidad inglesa reaccionó de la forma esperada ante la coyuntura de los precios de los alimentos y del salario real, que reflejan los tiempos de escasez o de abundancia, sólo hasta 1640. A partir de entonces lo hizo de forma más débil que las otras variables demográficas, y no reaccionó en modo alguno desde mediados del siglo XVIII. Así pues, funcionó como un «freno correctivo», en el sentido malthusiano de la expresión, sólo al comienzo de los tiempos modernos, pero se independizó progresivamente de todo vínculo con la coyuntura económica y dejó luego de intervenir como resorte de ajuste en el equilibrio malthusiano entre población y recursos. No fue la mortalidad, sino la fecundidad, y sobre todo la nupcialidad, las que ejercieron un papel relevante en el desarrollo de la población inglesa, según Wrigley y Schofield, quienes muestran en este punto su profundo desacuerdo con las tesis de McKeown. Sin embargo, a la hora de explicar la progresiva desvinculación de la mortalidad respecto a la coyuntura agraria en Inglaterra, Schofield no discrepa tanto de McKeown cuando hace referencia a la especialización creciente de los cultivos, a la mejora de los transportes y la integración comercial a lo largo del siglo XVII, que hace aparecer los primeros síntomas de un mercado nacional hacia 1690; al incremento de la intervención social en la lucha contra el hambre y, en suma, a todos los «avances económicos y sociales» que hicieron que «a mediados del siglo XVIII los métodos de producción y distri-

(7) Ronald Lee, «Short-term variation: vital rates, prices, and weather», cap. 9 de Wrigley y Schofield, *The Population History...*, pp. 356-401.

bución de alimentos se hubieran desarrollado tanto que... las variaciones anuales en el rendimiento de las cosechas ya no tenían efecto sobre la mortalidad».

Hay que tener en cuenta, por otra parte, la crítica que hace en su breve comentario Joan Thirsk («La revolución hortícola: una advertencia sobre los precios») al uso masivo por parte de Wrigley y Schofield de la serie de salarios reales ingleses construidos sobre unas bases precarias, hace ya mucho tiempo (1956), por E. Phelps Brown y Sheila Hopkins. Dicha serie se basaba exclusivamente en los salarios nominales de los obreros de la construcción del sur de Inglaterra, y contiene por ello un sesgo sectorial y geográfico importante, como también han advertido otros especialistas, entre ellos Peter Laslett (8). Por otro lado, se estableció a partir de un índice de precios calculado en base a tres presupuestos de gastos en alimentación muy distanciados en el tiempo (de mediados del siglo XV a comienzos del XX), y no tiene en cuenta variaciones sustanciales en la dieta inglesa, adopta ponderaciones inadecuadas del consumo de ciertos productos —como los lácteos o distintos tipos de carne—, y no incluye el consumo de cerdo ni el de frutas o verduras, a pesar de la importante «revolución hortícola» que se registró en el campo inglés ya desde el siglo XVII.

Como dice R. Floud, el esquema malthusiano es tan simple que invita a todo intelectual que se precie a complicarlo. Los textos que hasta ahora hemos comentado lo complican y lo enriquecen, aunque la mayor parte de ellos coinciden en negar su validez a largo plazo, e incluso —con la única excepción de Th. McKeown— llegan a negar la existencia histórica de un equilibrio entre recursos y población controlado por medio de una mortalidad dependiente del hambre o de los problemas alimentarios. No sólo participan de esta opinión los antimalthusianos declarados, como E. Boserup y J. L. Simon. «Las pruebas de la relación entre desnutrición y mortalidad

(8) Peter Laslett, *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Alianza (Madrid, 1987, p. 178, n 24).

son todavía lo suficientemente escasas como para inspirar escepticismo» a S. C. Watkins y E. van de Walle, quienes concluyen afirmando que la mayoría de las poblaciones históricas se vieron afectadas por la mortalidad derivada de esos problemas de la nutrición con menos frecuencia de lo que se ha pensado hasta ahora. Para R. Schofield, la Inglaterra preindustrial fue una sociedad sujeta a las constricciones alimentarias señaladas por Malthus, pero estableció su equilibrio y pudo superarlas por medio de una conducta «prudencial», prevista en el mismo esquema malthusiano a través del «control preventivo» de la nupcialidad, evitando así los rigores del «control correctivo» de la mortalidad. Massimo Livi Bacci, en unas breves páginas donde adelanta ya los elementos básicos que más tarde ha desarrollado en una importante obra sobre el papel de la alimentación en el desarrollo histórico de la población europea (9), reconoce que, sin negar del todo la influencia de la nutrición en los niveles de mortalidad del pasado, su análisis «pone en tela de juicio la teoría de que la relación entre nutrición y mortalidad es la única clave para explicar las tendencias y diferencias de la mortalidad y el principal determinante del crecimiento de la población». Opiniones todas ellas coincidentes en una revisión crítica del esquema de Malthus, o al menos de una versión simplista del mismo que hasta ahora había sido abusivamente utilizada por los historiadores para interpretar los aparentes vínculos entre la nutrición, la mortalidad y el crecimiento de las poblaciones.

Otro pequeño grupo de trabajos aborda la relación entre la escasez, el hambre o las limitaciones de agriculturas primitivas, y el crecimiento demográfico u otros aspectos del desarrollo económico y cultural, tomando como ejemplos el análisis del caso hindú en un período histórico relativamente reciente (Michelle B. McAlpin, «Hambrunas, epidemias y crecimiento demográfico: el caso de la India»; y el comenta-

(9) Massimo Livi Bacci, *Ensayo sobre la historia demográfica europea. Población y alimentación en Europa*, Ariel (Barcelona, 1988). Un amplio comentario a esta obra, y a su versión en castellano, en V. Pérez Moreda, «Hambre, mortalidad y crecimiento demográfico en las poblaciones de la Europa preindustrial», *Revista de Historia Económica*, VI (1988), 3, pp. 709-735.

rio correspondiente de S. G. Srikantia, «Una mejor nutrición en la India»), o de la experiencia africana en períodos más prolongados del pasado (Philip D. Curtin, «La nutrición en la historia africana»).

La obra incluye dos importantes contribuciones de carácter típicamente historiográfico, que estudian el contexto social del hambre y la distribución y acceso a los alimentos en la Europa occidental de otros siglos. Se trata de los ensayos de dos historiadoras sociales, Olwen Hufton y Louise A. Tilly, y se refieren, respectivamente, al estudio de la Francia del siglo XVIII y de Francia e Inglaterra entre los siglos XVII y XIX. Ambos ofrecen un buen resumen de la visión que la historiografía social anglosajona, al menos desde E. P. Thompson, y la amplia literatura francesa sobre la «guerre des farines» han ido construyendo a propósito de los motines de subsistencia («entraves», «food riots») de la Francia del Antiguo Régimen, con alusiones a problemas y sucesos similares en Inglaterra y otros países vecinos, entre los que figuran los motines españoles de 1766. Como explica O. Hufton («Conflicto social y oferta de cereales en la Francia del siglo XVIII»), el abandono de la «economía moral», esto es, del modelo paternalista de la «taxation populaire» en materia de abastecimiento y precios de los granos, y su sustitución, en 1764 y de nuevo en 1774 y 1776, por el *laissez-faire*, era lo que provocaba las revueltas, más que la presencia del hambre o la desnutrición crónica. La nueva política liberalizadora del comercio y los precios de los cereales alentaba entre los campesinos los rumores de especulación o de «pacto de hambre», haciendo responsables de la carestía artificial a los grandes señores, a la Iglesia, a los arrendatarios de diezmos y de rentas señoriales y a la política acaparadora de los grandes municipios urbanos. El asalariado urbano, a su vez, culpaba al campesino, al mercader, al panadero y al gobierno. Todo el que no era autosuficiente en cereales o pan tenía motivos para alimentar un conflicto latente.

Por su parte, el trabajo de Louise A. Tilly («Derecho a los alimentos, hambre y conflicto») profundiza en las moti-

vaciones económicas, sociales y políticas que favorecen la extensión del hambre y de la protesta colectiva relacionada con la distribución de alimentos. Compara la experiencia histórica de Inglaterra y Francia con la de los países pobres de la actualidad, tal y como ha sido estudiada y descrita por Amartya Sen (10). Tilly toma prestados de Sen sus argumentos y el concepto de «food entitlement» para explicar los estallidos de conflicto social que surgía en la Europa del pasado con motivo del hambre o la carestía. De acuerdo con la tesis de Sen, incluso en épocas de hambre, suele haber alimentos disponibles; la gente muere de inanición porque no puede adquirir comida. No tiene dinero para comprarla (capacidad adquisitiva ligada a la herencia, a la propiedad de la tierra o a un empleo regular) ni puede recibirla gratis porque no goza de tal derecho, social o políticamente sancionado (a través de la limosna, de obligaciones religiosas o morales que afectan a otros grupos sociales, o de prestaciones de seguridad social o servicios de bienestar que el gobierno pueda garantizar). Este marco analítico de las causas y los efectos sociales del hambre desplaza así la atención de la *escasez* natural, motivada por los problemas de la oferta, al mercado y a los problemas de demanda ligados a una población en estado de pobreza generalizada, especialmente vulnerable en ausencia de mecanismos políticos o sociales de asistencia social o de beneficencia pública o privada. Es por ello sumamente útil para explicar la protesta ante el hambre y la carestía en cualquier situación de proletarización masiva de la población —urbana o rural—, y especialmente cuando se hace referencia al período histórico comprendido entre el abandono de las antiguas políticas paternalistas basadas en el «precio justo» de los granos y la aparición, mucho más reciente, de las diversas formas modernas de intervención pública en materia laboral y de seguridad social.

En el mismo grupo que los dos ensayos anteriores podríamos incluir el artículo de G. H. Peltó y P. J. Pelto («Dieta y

(10) Amartya Sen, *Poverty and Famines. An Essay on Entitlement and Deprivation* (Oxford, 1981).

deslocalización: cambios dietéticos desde 1750»), que analiza los cambios en la dieta y en los modelos de consumo provocados desde el siglo XVIII hasta nuestros días por el creciente intercambio de productos agropecuarios, la mayor movilidad humana transmisora de técnicas culinarias y hábitos dietéticos, y sobre todo por el desarrollo a escala mundial de redes comerciales de distribución de alimentos. El título de este trabajo revela el énfasis que los autores dan al concepto de «deslocalización» para explicar las distorsiones en los sistemas alimentarios introducidas por el proceso global de intercambios culturales y comerciales. Describen, por ejemplo, los efectos que ha tenido en el consumo alimentario y en el desarrollo físico y sanitario de las poblaciones la reciente transformación de agriculturas de subsistencia, en gran medida autosuficientes, en agriculturas basadas en monocultivos destinados al mercado, con un campesinado dependiente del salario y de la importación de alimentos básicos. Los contrastes entre el caso finlandés y los de América Central —Jamaica, Guatemala, Costa Rica, Honduras...— son altamente ilustrativos al respecto.

Un cuarto bloque de artículos, tal vez el más original y de mayor utilidad para historiadores y economistas enfrentados con el estudio histórico del problema de la alimentación y sus relaciones con la mortalidad y el crecimiento demográfico del pasado, es el formado por trabajos de expertos en temas de nutrición y biología de los procesos de infección. Se trata de las contribuciones de Ann G. Carmichael, Carl E. Taylor y Nevin S. Scrimshaw, estos dos últimos, destacados especialistas que han colaborado activamente en tareas de planificación de la salud y programas de alimentación impulsados por los organismos internacionales en los países menos desarrollados. Aportan aquí la experiencia del bromatólogo, enfrentado a problemas actuales que se asemejan bastante a los que revelan los documentos históricos que nos describen los efectos del hambre y la desnutrición sobre las poblaciones de otras épocas. Son de gran interés metodológico, en ese sentido, las breves páginas de Scrimshaw que cierran el volu-

men («El valor de los estudios contemporáneos sobre alimentación y nutrición para los historiadores»). Los actuales conocimientos sobre la biología de la nutrición constituyen una herramienta imprescindible para analizar los complejos mecanismos del hambre y sus efectos en las poblaciones históricas. Como dice este autor, «temas que sólo podían ser débilmente percibidos a la luz de las pruebas históricas, ahora son iluminados por la información disponible sobre situaciones contemporáneas análogas».

Los trabajos de Taylor y Carmichael subrayan la importancia de dos conceptos. El primero es el de sinergia entre los procesos de desnutrición e infección, y el segundo es el de «hambre oculta», expresión que serviría para definir las relaciones entre la infección y el complejo de disfunciones ambientales y sociales que identificamos con la pobreza. En palabras de Carmichael, sería «la sobrecarga ambiental que crea las circunstancias propicias para repetidas y múltiples infecciones».

La presunta relación entre hambrunas y epidemias, recurrente a lo largo de la historia humana, no debe identificarse con una verdadera relación causal, aunque haya sido generalmente aceptada así por los estudiosos de tales fenómenos. En efecto, el tópico de que «el hambre precede a la fiebre» no soportaría un minucioso análisis histórico, como afirma Carmichael. El sinergismo entre desnutrición e infección expresa una relación recíproca, que refuerza los efectos de cada una de esas variables en presencia de la otra, por lo que aquella relación causal puede haber actuado en sentido contrario. El concepto de sinergia se puede aplicar también a la acción combinada y reforzada de diversas enfermedades que actúan simultáneamente sobre la población. Los sucesos de mayor mortalidad en el pasado dependieron menos del estado de desnutrición que del sinergismo entre unas y otras enfermedades. Por desgracia, no abundan los datos históricos que nos permitan analizar la morbilidad del pasado, y por ello suelen inferirse conclusiones acerca de las enfermedades de otras épocas a partir de los datos exclusivos sobre la mortalidad.

Sin embargo, es en el estudio de la enfermedad, y no en el de la mortalidad, donde deberíamos encontrar mejores pruebas de esta acción sinérgica de los procesos patógenos y de la relativa independencia entre desnutrición y mortalidad, así como de la importancia de otros factores más perversos que actúan sobre la población no ya desde la desnutrición en sí misma, sino desde ese complejo de factores sociales y ambientales identificados como «hambre oculta».

La importancia del desarrollo de estos conceptos en el análisis histórico ha dado ya importantes frutos. Ha servido para destruir el automatismo simplista de la explicación tradicional de las «crisis de subsistencias», que admitía la validez incuestionable de aquella presunta causalidad entre hambre y mortalidad. Hoy son muchos los historiadores de la población que ponen en duda dicho esquema explicativo, entre ellos algunos de tanto prestigio como P. Laslett, J. Dupâquier o el mismo P. Goubert, que fue uno de sus creadores. Una buena parte de los autores que participan en la obra que estamos comentando se manifiestan en el mismo sentido. Ello no significa rechazar la importancia de los alimentos o de su escasez en la interpretación de la mortalidad y el crecimiento de las poblaciones históricas, sino más bien ampliar la gama de hipótesis explicativas desde unas bases científicas más sólidas, tratando de mejorar con ello la comprensión de fenómenos tan importantes y de naturaleza tan compleja. Eso es lo que ha hecho Massimo Livi Bacci en su reciente obra ya citada sobre la alimentación y el crecimiento demográfico en la historia europea, que es tal vez el fruto más directo de la reunión de Bellagio y donde se desarrollan muchos de los conceptos e hipótesis que estamos comentando. En ella, lo que Taylor y Carmichael califican como «hambre oculta» o «desorden social generalizado», es descrito por Livi Bacci como «síndrome de atraso» o de miseria: «la malnutrición está siempre asociada a pobreza, ignorancia, desfavorables condiciones ambientales e higiénicas, factores todos que directa o indirectamente tienen relevancia en el origen, difusión y desenlace de muchas enfermedades... (aunque) casi

siempre resulta prácticamente imposible determinar la influencia 'neta' de la nutrición sobre la enfermedad, y la asociación observada a menudo es espuria» (11).

La reunión de Bellagio celebró una sesión especial en la que todos los participantes, siguiendo los criterios que facilitan los modernos conocimientos científicos, se esforzaron por establecer un esquema interpretativo de la diversa relación existente entre los procesos de desnutrición y de infección. El resultado de dicho trabajo colectivo, que en el texto se resume bajo el título de «La relación entre nutrición, enfermedad y condiciones sociales: una presentación gráfica», será también de gran provecho para todo aquel que no esté familiarizado con los mecanismos básicos de la biología de la nutrición y las correspondientes nociones biomédicas. De especial utilidad, aunque discutible en algún punto debido a su extremado esquematismo, resulta la tabla 3 de esta sección, que indica la influencia probable que puede ejercer el estado de nutrición sobre la morbilidad o la mortalidad en una amplia muestra de enfermedades infecto-contagiosas.

Podríamos incluir también dentro de este grupo de artículos un largo ensayo colectivo que analiza los problemas metodológicos y los primeros resultados de un amplio proyecto dedicado a la reconstrucción de medidas antropométricas —la estatura, en concreto— como indicadores indirectos de la evolución de los niveles de nutrición y bienestar físico de las poblaciones. Se trata del trabajo dirigido por Robert W. Fogel («Cambios seculares en la estatura y la nutrición en Estados Unidos y Gran Bretaña»), en el que intervienen, entre otros, grandes especialistas de la moderna historia econométrica, la demografía histórica o la historia antropométrica, como Stanley L. Engerman, Roderick Floud, Richard Steckel, James Trussell o Kenneth W. Wachter. De la importancia que actualmente están cobrando las investigaciones en «antropometría social», de naturaleza esencialmente interdisciplinaria, dan buena fe otras publicaciones

(11) Massimo Livi Bacci, *Población y alimentación en Europa...*, espec. pp. 10 y 50.

colectivas más recientes (12), así como algunas que, más lentamente, y siguiendo los mismos métodos y objetivos, se van abriendo camino en nuestro país (13). El proyecto de Fogel y los restantes colaboradores al que se hace referencia aquí fue pionero en este tipo de investigaciones, lo que acredita una vez más el carácter dinamizador de la reunión de Bellagio y de los textos que se recogen en este libro.

En suma, se trata de una importante obra que revela el desarrollo creciente de la investigación en un territorio científico donde convergen cada día más los intereses de la historia económica, demográfica y social con los hallazgos de las ciencias biomédicas y las demandas de economistas, bromatólogos y planificadores del desarrollo en amplias áreas deprimidas del mundo actual. Mucho más que en otros ámbitos de las ciencias sociales, el estudio del papel de la nutrición en la historia presenta múltiples paralelismos con acuciantes problemas actuales, y el análisis interdisciplinario del pasado y del presente beneficiará sin duda a las conclusiones de los especialistas en cada una de sus parcelas científicas. Desde la reunión de Bellagio, temas centrales de la historia agraria y de la historia demográfica han exigido una urgente reinterpretación, que, transcurrido ya casi un decenio, se empieza a advertir en publicaciones más recientes. Algunos de los textos que integran el volumen sintetizan de manera excelente el estado actual de la cuestión a propósito del eterno debate malthusiano, ofreciendo versiones resumidas de las teorías de algunos de los protagonistas de dicha controversia, como Ester Boserup, o de la famosa y no menos polémica interpretación de McKeown sobre las causas del declive moderno de la mortalidad.

(12) John Komlos, *Nutrition and Economic Development in the Eighteenth-Century Habsburg Monarchy. An Anthropometric History*, (Princeton, 1989); R. Floud, K. Wachter and A. Gregory, *Height, health and history. Nutritional status in the United Kingdom, 1750-1980*, Cambridge University Press (Cambridge, 1990).

(13) A. Gómez Mendoza y V. Pérez Moreda, «Estatuta y nivel de vida en la España del primer tercio del siglo XX», *Moneda y Crédito*, 174 (1985), pp. 29-64; J. M. Martínez Carrión, «Estatuta, nutrición y nivel de vida en Murcia, 1860-1930», *Revista de Historia Económica*, IV (1986), 1, pp. 67-99; de este último autor, «La estatuta humana como un indicador del bienestar económico: un test local en la España del siglo XIX», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, IX (1991) 2, pp. 51-77.

Por todo ello, esta obra debería ser bien acogida entre los historiadores y sus colegas de las ciencias sociales en nuestro país, como lo ha sido en otros países desde que aparecieron sus textos en forma de libro en la versión original de 1985. Es un lástima que la traducción al castellano, y esta reseña, sean tan tardías, y que se hayan deslizado demasiadas erratas y errores de traducción (14), sobre todo si se tiene en cuenta el precio que alcanza ya en nuestro mercado un volumen de 370 páginas como este. Merece la pena pagarlo porque su lectura, a pesar de todo, resultará entretenida y sumamente provechosa.

RESUMEN

El comentario de los ensayos aparecidos en la obra colectiva El hambre en la historia (R. I. Rotberg y T. K. Rabb, eds.), brinda al autor la posibilidad de examinar con algún detalle las aportaciones que, en el marco de un diálogo decididamente interdisciplinario, reflejan el creciente interés por el papel que han desempeñado el hambre o los problemas de la nutrición en el crecimiento demográfico y económico de las sociedades del pasado. Destacados especialistas —historiadores, demógrafos, economistas, médicos y expertos en biología de la nutrición— abordan desde su propia perspectiva el análisis de las relaciones entre nutrición, infección, crecimiento demográfico y crecimiento económico, a la luz de las modernas investigaciones y de la experiencia actual de los países en vías de desarrollo, que pudiera servir de guía en la interpretación de situaciones similares de hambrunas o escasez de alimentos, tan frecuentes en la experiencia histórica.

RESUMÉ

Le commentaire des exxais figurant dans l'oeuvre collective La faim dans l'histoire (R. I. Rotberg et T. K. Rabb, éditeurs), offre à l'auteur la possibilité d'examiner en détail les apports qui, dans le cadre d'un dialogue décidément interdisciplinaire, reflètent le croissant intérêt pour le rôle qu'ont joué la faim ou les problèmes de nutrition dans la croissance démographique et économique des sociétés par le passé. Des spécialistes no-

(14) Sólo entre los más obvios pueden citarse algunos como éstos: «terminaban», por «determinaban», p. 30; «se interseca» por «se cruza», p. 9; «viruela» por «virulencia», p. 58; «una media que varía cada 25 años», por «una media móvil de 25 años», p. 94; «aplicación» por «implicación», y «creciente» por «crecimiento», p. 244; «intersectorial», por «transversal» o «cruzada», pp. 251 y 270; «innueva» por «innova», p. 270; «peste» por «plaga» o «tizón», p. 346. Aparecen otras expresiones incorrectas o imprecisas, especialmente en la traducción de conceptos económicos y estadísticos.

toires—historiens, démographes, économistes, médecins et experts en biologie de la nutrition—abordent de leur propre perspective l'analyse des relations entre nutrition, infection, croissance démographique et croissance économique, au vu des recherches modernes et de l'expérience actuelle des pays en voie de développement, qui pourrait servir de guide dans l'interprétation de situations similaires de grandes faims ou de manque d'aliments, si fréquentes dans l'expérience historique.

SUMMARY

This commentary on the essays in the collection *Hunger in the history* (R. I. Rotberg and T. K. Rabb, eds.) gives the author the opportunity to examine in some detail contributions, made in a decidedly interdisciplinary framework, which reflect growing interest in the part played by hunger and nutritional problems in the demographic and economic growth of past societies. Prominent specialists—historians, demographers, economists, doctors and experts in nutritional biology—analyze from their particular standpoints the relationships between nutrition, infection, demographic and economic growth in the light of modern research and current experience in developing countries, which could serve as a guide for interpreting similar situations of famine or food shortages, so frequent in historical experience.

